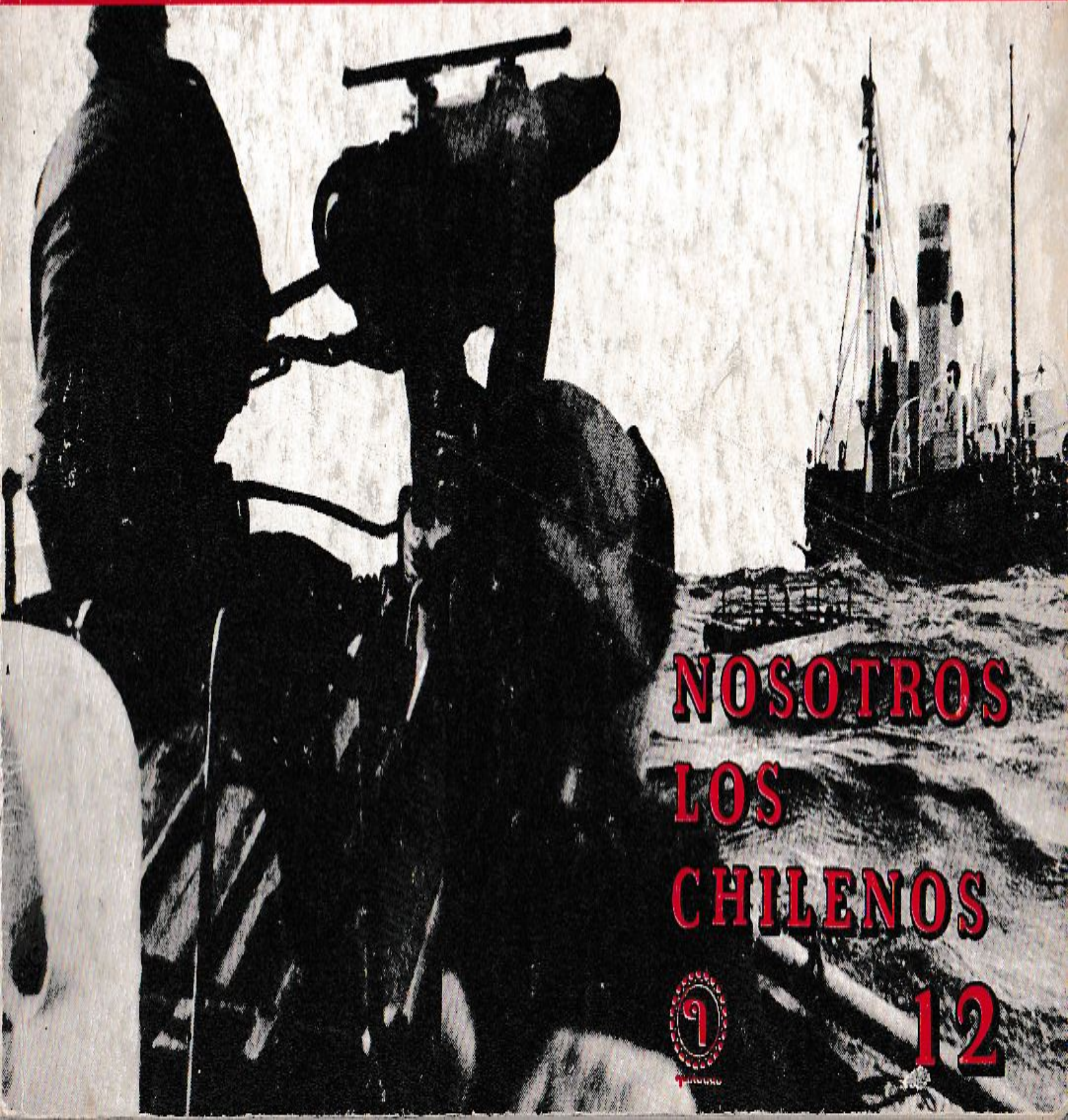


ASI TRABAJO YO

LOS ASCENSORISTAS
DE VALPARAISO
LOS BALLENEROS
DE QUINTAY
LOS MINUTEROS



**NOSOTROS
LOS
CHILENOS**



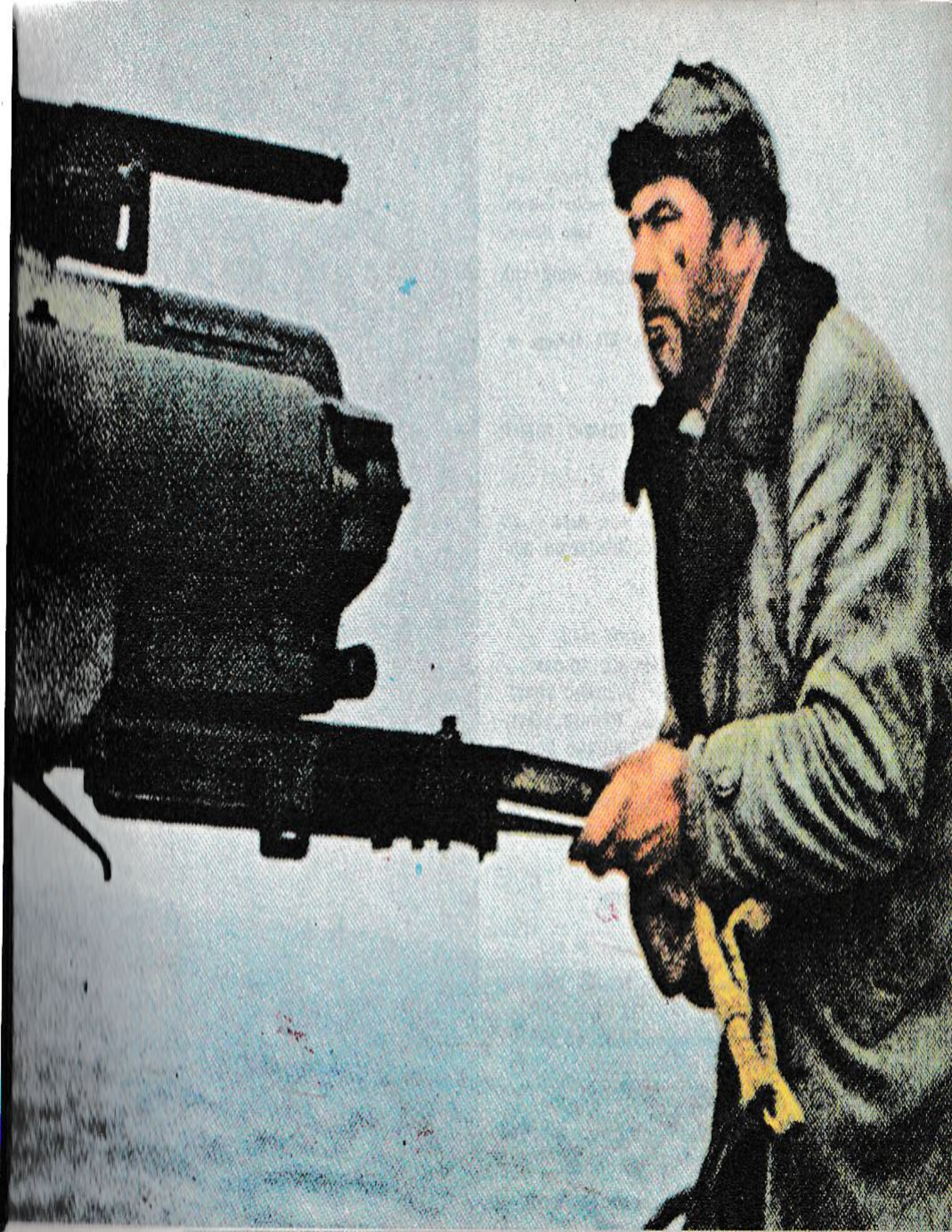
12

\$2800

Colección: NOSOTROS LOS CHILENOS

Serie: COMO TRABAJAMOS.

ASI TRABAJO YO



"ASI TRABAJO YO" (Tomo IV)

Por Adriana Silva
Francisco Coloane
Luisa Ulibarri

**EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU
LIMITADA.**

Avenida Santa María N.º 076, Santiago de
Chile. Casilla 10155.

Inscripción N.º 39582. 1971.

Arte y diagramación: ROSARIO TORRES
PEREIRA.

Documentalista: Hebert Corbo.

Secretaria de redacción: Marta Mella.

Fotos: ARCHIVO Y DOCUMENTACION QUI-
MANTU.

Reportaje gráfico de:

"Los Ascensoristas", CARLOS TAPIA.

"Los Balleneros", FRANCISCO COLOANE.

"Reproducciones Color", GUILLERMO GOMEZ.

"Los "Minuteros" (color), RODOLFO SAAVE-
DRA (blanco y negro), GUILLERMO GOMEZ.

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de la EMPRESA EDITORA NACIONAL
QUIMANTU LTDA., Bellavista N.º 0153, en
el mes de marzo de 1972.

Edición de 50.000 ejemplares.

1.º al 30.º millar.

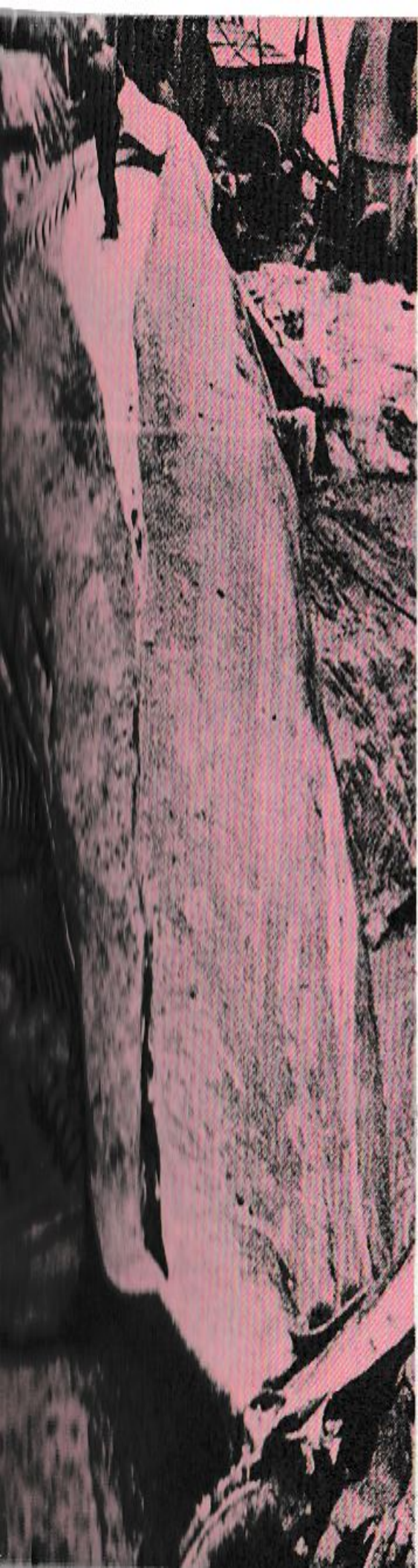
Precio: Eº 12. Recargo aéreo: Eº 0,50.

Director de la División Editorial: JOAQUIN
GUTIERREZ.

Jefe del Departamento: ALEJANDRO CHELEN.

Director de la colección: ALFONSO ALCALDE.





INDICE

LOS ASCENSORISTAS DE VALPARAISO

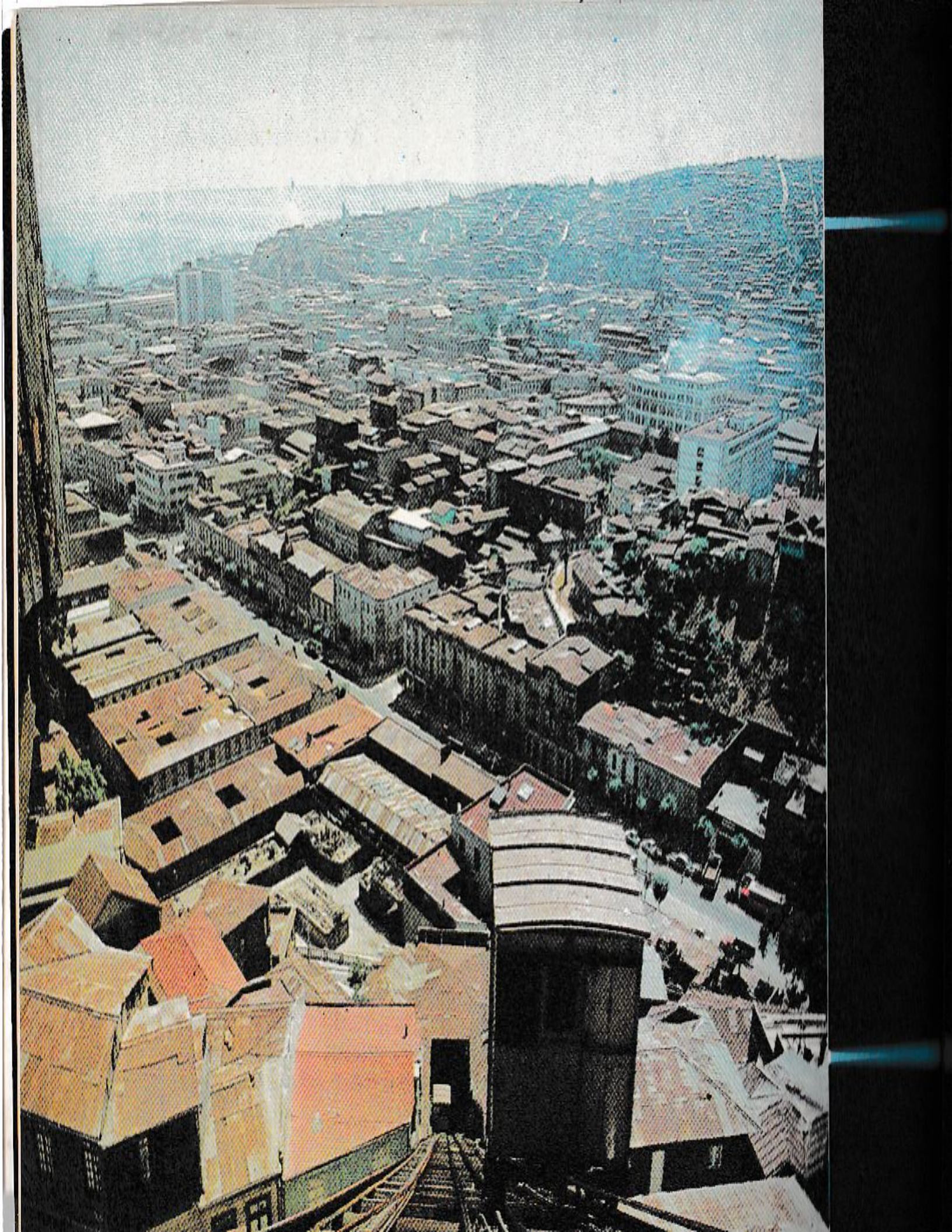
Por Adriana Silva 7

LOS BALLENEROS DE QUINTAY

Por Francisco Coloane 39

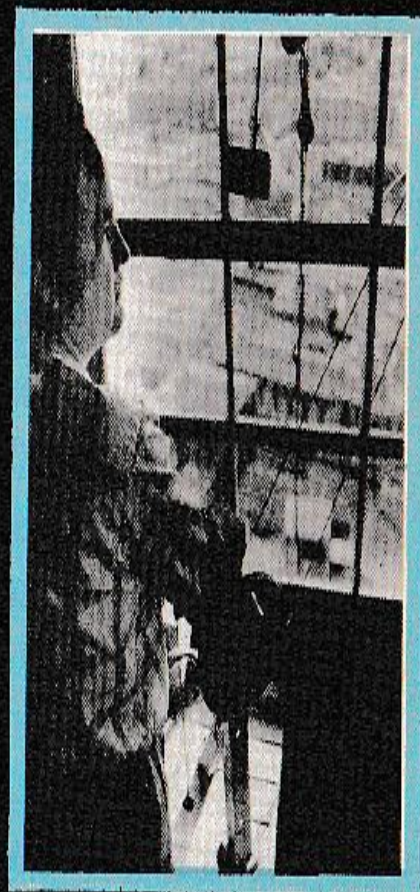
LOS "MINUTEROS"

Por Luisa Ulibarri 73



LOS ASCENSORISTAS de VALPARAISO

ADRIANA SILVA



● *Una idea propia de gringos*

Fue el 1.º de diciembre de 1883. Valparaíso amaneció embanderado, se levantaron ramadas, la gente corría por las calles comunicándose la noticia. El jolgorio era grande.

Los porteños iban a ser testigos de una temeraria empresa.

Estaban los osados, los progresistas y los prudentes, los timoratos y los pesimistas, augurando toda suerte de calamidades ante la descabellada idea: transportar a los vecinos desde el plan hasta cerca de sus domicilios en lo alto del cerro.

Todo nació para la comodidad de algunos propietarios.

Las colonias extranjeras (alemanes e ingleses) que comenzaron poblando los cerros Alegre y de La Concepción, eran muy adictos a los deportes ecuestres y muchos de ellos disponían de sus propias caballerizas. Era costumbre que las cabalgaduras, después de las competencias diarias, fueran llevadas hasta el pie de la calle Urriola y Subida de San Agustín, donde se levantaban los cobertizos, con las consiguientes molestias para los jinetes.

Los cerros se iban poblando. Los más habitados eran el cerro Alegre o cerro de los Gringos junto con el Playa Ancha.

Muchas fueron las reuniones, los cambios de ideas, los pros y los contras, hasta que dieron con la solución del problema que afectaba a cientos de pobladores.

Los ingenieros, mientras tanto, hacían cálculos técnicos. Los gastos de inversión de capitales eran subidos, pero existía un modo de afron-

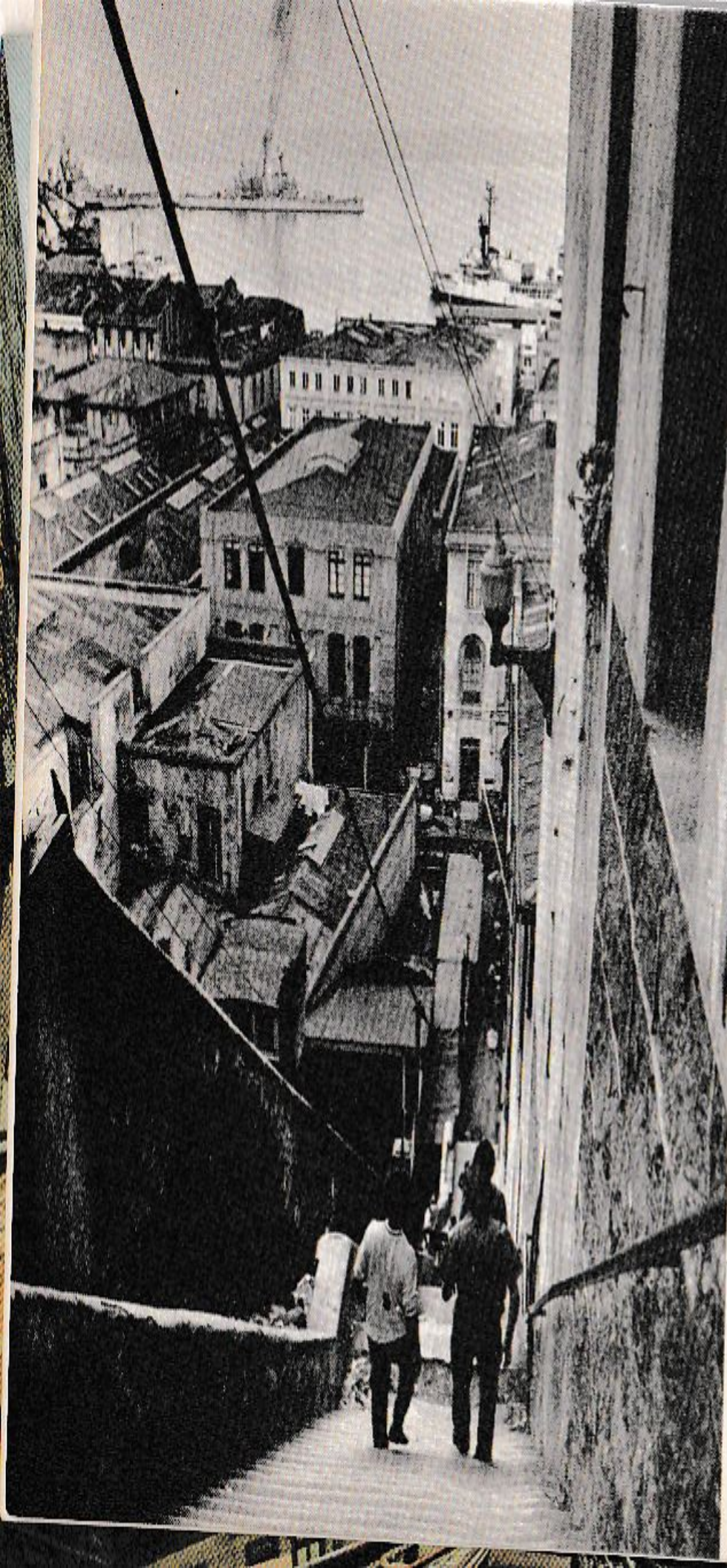
tarlos. Decidieron constituir sociedades anónimas que los solventarían. Los colonos iban a dejar estampado su pase en la memoria de los chilenos. Configurarían la tradición de uno de los puertos más pintorescos y bellos del mundo. Muchos habían casado con chilena. Sus intereses estaban ya ligados a la patria de adopción.

● *La novedad del año 1883*

Un verdadero regalo de Pascua lo constituyó el primer ascensor construido por la naciente S.A. del Cerro La Concepción —hoy ascensor de Reloj Turry—, ubicado en un costado de la calle Urriola. El ascensor consistía en dos casetas de madera, con excepción de las ruedas, que eran de acero. La fuerza motriz estaba representada por los mismos pasajeros, quienes servían de contrapeso. Cuando el peso que subía era superior al que descendía, se llenaba de agua un estanque, colocado en el piso de cada carro. El lastre era vaciado en la estación baja y recuperado constantemente por medio de una bomba. Los cables que arrastraban los carros eran de cabo de Manila, los que se iban enrollando, conforme bajaba o subía el ascensor, en tambores premunidos de frenos de mano.

La señalización para el despacho de los carros se efectuaba mediante una cañería de fierro que unía la estación del plan con la del alto. En cada extremo una campana transmitía el sonido por el interior del cañón y daba el aviso correspondiente.

La novedosa iniciativa se fue difundiendo, alcanzando inusitado eco en otras zonas del puerto. Así, en 1886 se inaugura el ascensor del cerro



La mayoría de los ascensores están en mal estado, pues casi no han tenido reparaciones desde su construcción original. El ascensor del cerro Los Lecheros conserva igual aspecto que cuando entró en servicio, en 1915.

Un promedio de mil doscientas personas utilizan diariamente los chirriantes ascensores para elevarse del plan hasta los cerros del puerto.



Cordillera. Seis años más tarde, en 1892, el ascensor del cerro La Artillería, creado para servir a la Escuela Naval. En 1901, el del cerro Alegre; en 1903, el del cerro Florida; en 1904, el del panteón; en 1905, los de los cerros Mariposa y Esmeraldá. Entre 1906 y 1915 se construyeron los ascensores de los cerros Los Lecheros, Delicias, La Cruz, Larráin, Arraían, Espíritu Santo, Barón, Las Monjas, Polanco, Las Zorras, Santo Domingo, Bellavista, Villaseca, Los Placeres y San Agustín. En 1925 se construyó el del cerro Las Cañas. El último de la serie fue el del cerro

Las Perdices, en 1931. Por esta fecha, Valparaíso contaba con veinticinco ascensores de servicio público.

La tarifa, cuando se fundó el primer ascensor, era de cinco centavos de entonces. Los precios se mantuvieron estacionarios durante mucho tiempo. Las empresas no financiaban los gastos, originando la quiebra y la muerte de algunos ascensores.

Actualmente este servicio está en manos de empresas privadas. Ellas son: Compañía Nacional de Ascensores, Compañía de Ascensores Mecánicos de Valparaíso, Compañía de Ascensores Valparaíso y Sociedad de Ascensores del Cerro Alegre S.A., que cuenta con uno solo, el Peral, en la subida de Palacio de la Justicia.

Cuando se creó la Escuela Naval, el ascensor del cerro La Artillería sobre el paseo 21 de Mayo era el medio obligado de movilización de los cadetes. Su gran actividad disminuyó considerablemente cuando se procedió al traslado de la Escuela.

En relación con este ascensor, un decreto firmado por don Ramón Barros Luco expresa: "Se autoriza a Gustavo Wulf, presidente de la Compañía de Ascensores Mecánicos de Valparaíso, para que aumente la capacidad y cambie el sistema de fuerza a vapor por eléctrica del ascensor de su propiedad, que sube desde el pie del cerro de "La Artillería" hasta la entrada de la Escuela Naval, sujetándose a las mismas bases y condiciones establecidas por Decreto Supremo de 11 de diciembre de 1891 para su instalación primitiva. . ."

Los ascensores porteños nacieron a la vida funcionando por el sistema de balanza de agua. Con el correr del tiempo este mecanismo se fue "modernizando", siendo reemplazado por las calderas a vapor. Aún

puede verse en la estación alta de los cerros el lugar donde estaban ubicados los depósitos de combustible. En uno de los párrafos del Reglamento sobre Policía de Terrenos y Construcción de Ascensores, aprobado por decreto del Ministerio del Interior de 26 de noviembre de 1926, se advierte que “no se admitirán ebrios si no fueren las personas que a los ebrios acompañaren y tampoco se les admitirá si no fueren acompañados de personas en su sano juicio que por ellos respondan. Tampoco se admitirán perros”...

Cada ascensor tiene sus características particulares. Así, por ejemplo, el recorrido más largo lo efectúa el Mariposa, con 160 metros. El ascensor del cerro La Artillería es el único en que la tarifa debe ser pagada en la estación alta.

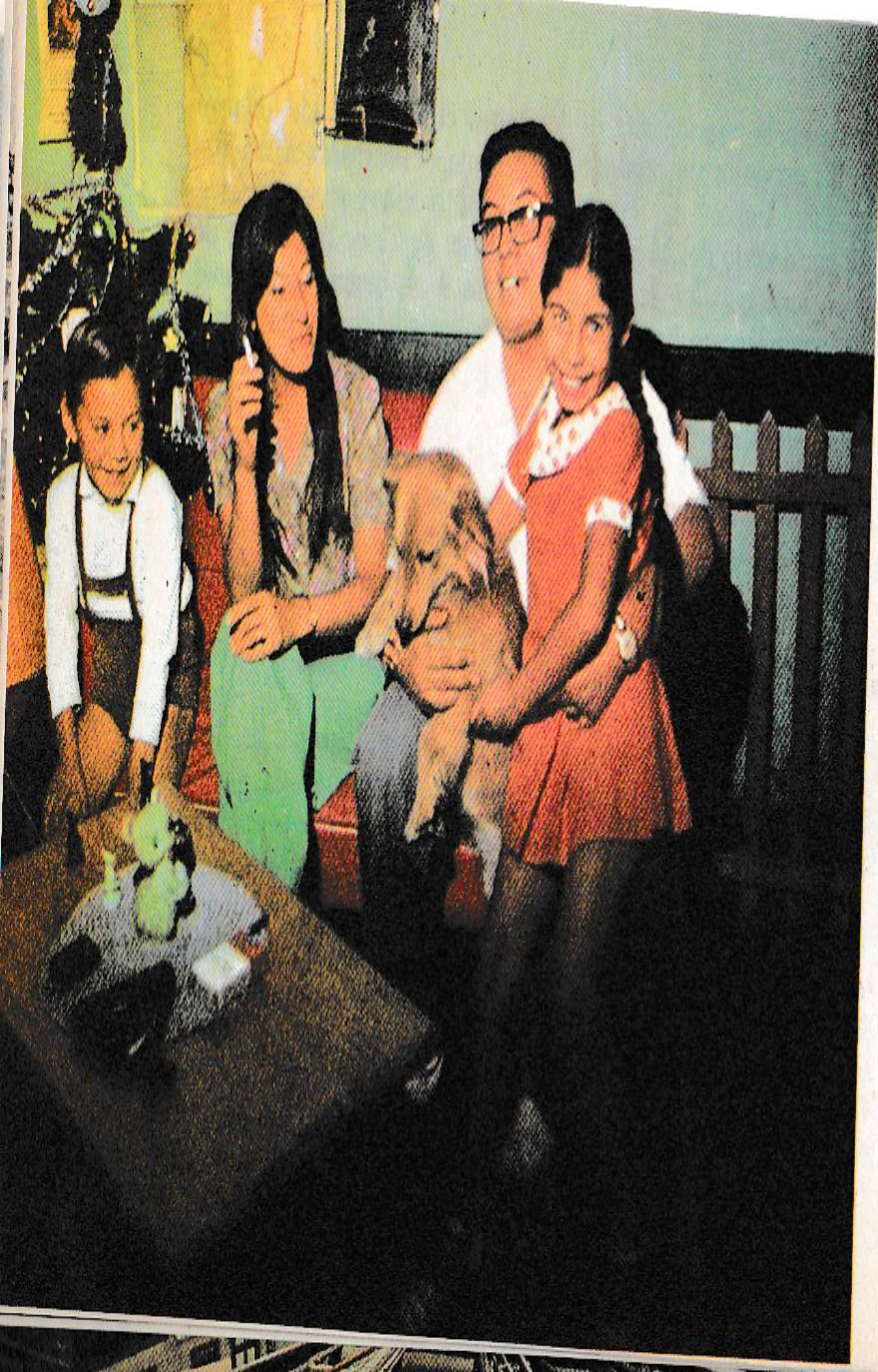
● *Ascensor Cordillera.*

Calle Serrano. El ascensor no toma de sorpresa al turista. Se llega a él después de atravesar un pasaje de pequeños puestos en los que se expenden comida y gaseosas. Las listas de los platos abren el apetito: sopas marinas, almejas, pescado frito, mote con huesillos. Aunque el recorrido es corto, no por eso deja de ser una recreación.

La subida es un huerto en el que se mezclan frutales, hortalizas; algunas flores rozan los carros.

Julián Muñoz es un hombre de veintiocho años. Junto con su compañera, Gladys, y los niños Nancy y Diamond, de siete y cinco años, vive en una casita contigua a la estación alta.

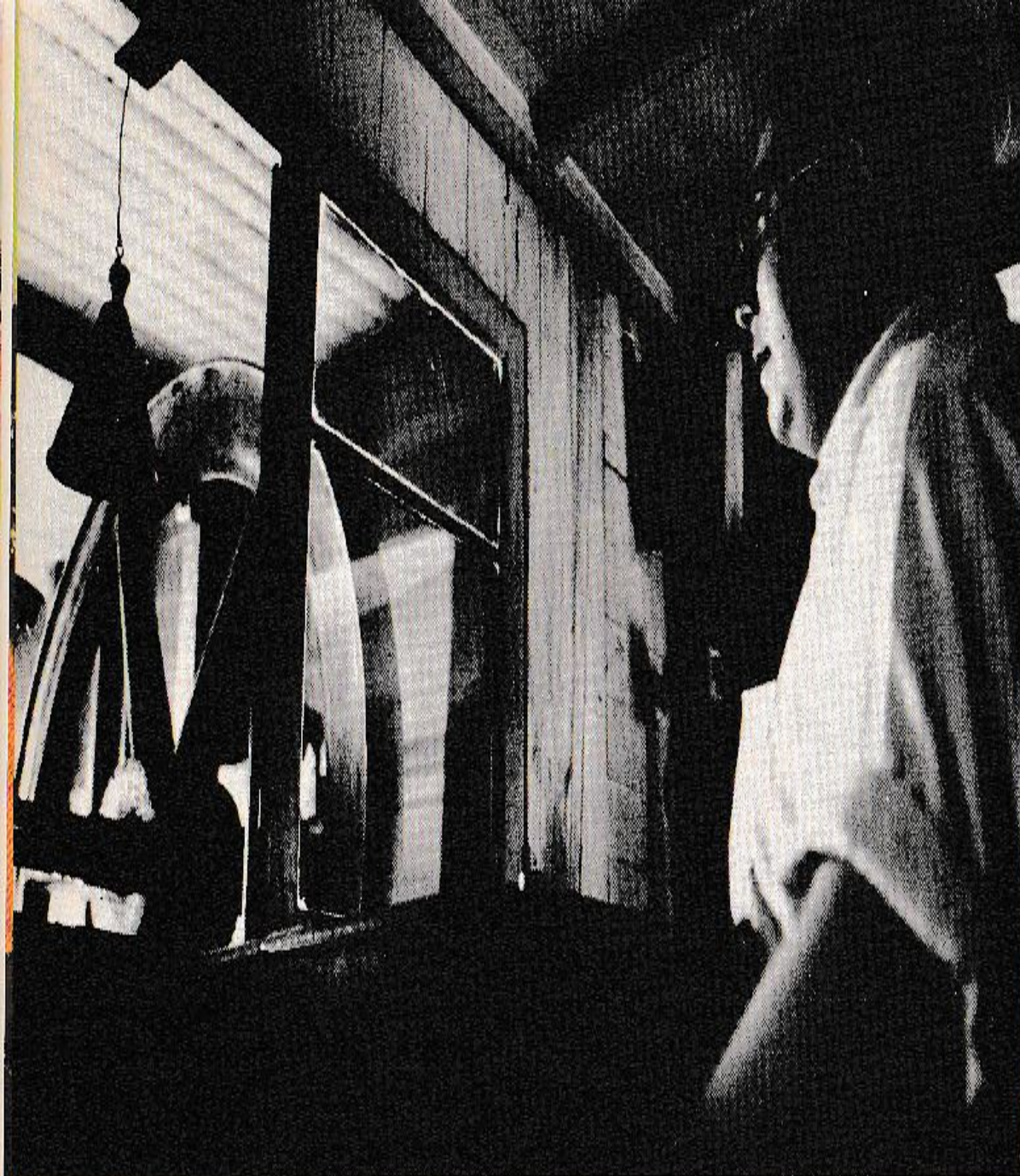
—Soy oriundo de Antofagasta y, antes de venirme al puerto de



Cada ascensor tiene su ascensorista propio, el que por lo general ama a su máquina a la que ha dedicado largos años de su vida. Instalado con su familia en una casa contigua a la estación, el ascensorista vigila día y noche su vehículo.

Valparaíso, trabajaba allá en el norte en Mantos Blancos como obrero de la construcción. Dicen que antes estos ascensores funcionaban a vapor, con calderas. El Cordillera funciona ahora eléctricamente; tiene un motor de 500 voltios de 30 HP y trabaja con corriente continua. El motor es alemán, y funciona a 920 revoluciones por minuto. Su dueña es la Compañía de Ascensores Mecánicos de Valparaíso. Se trabaja en dos turnos; esto rige para todos los maquinistas, como también para las cobradoras de la estación baja. El turno de corta y el turno de larga, así lo llamamos. El turno de larga comienza a las siete de la mañana y termina cerca de las dos de la tarde, para comenzar de nuevo a las ocho de la noche hasta la una de la madrugada, hora en que se paralizan las actividades del ascensor. El turno de corta empieza a la una de la tarde y termina a las ocho de la noche. Este trabajo es demasiado sacrificado, en esto están de acuerdo todos los compañeros. Claro que nos dan un día franco, pero en ese tiempo no se alcanzan a hacer todas las diligencias y cuanta cosa tiene uno que preocuparse, para su familia y para uno mismo que a veces también se enferma y no puede ni ir al Seguro, porque no hay reemplazantes. No se puede dejar al ascensor parado; los colegiales y la gente que cuenta con este medio de movilización, hágase el cargo cómo quedarían.

"Los maquinistas dependemos del Servicio de Seguro Social. El Departamento de Máquinas y Electricidad de la Municipalidad de Valparaíso nos otorga un carnet que nos acredita para trabajar como maquinistas de ascensores públicos. Yo creo que la sangre tira. Mi padre fue mecánico de Ferrocarriles y trabajó casi toda su vida en la Estación

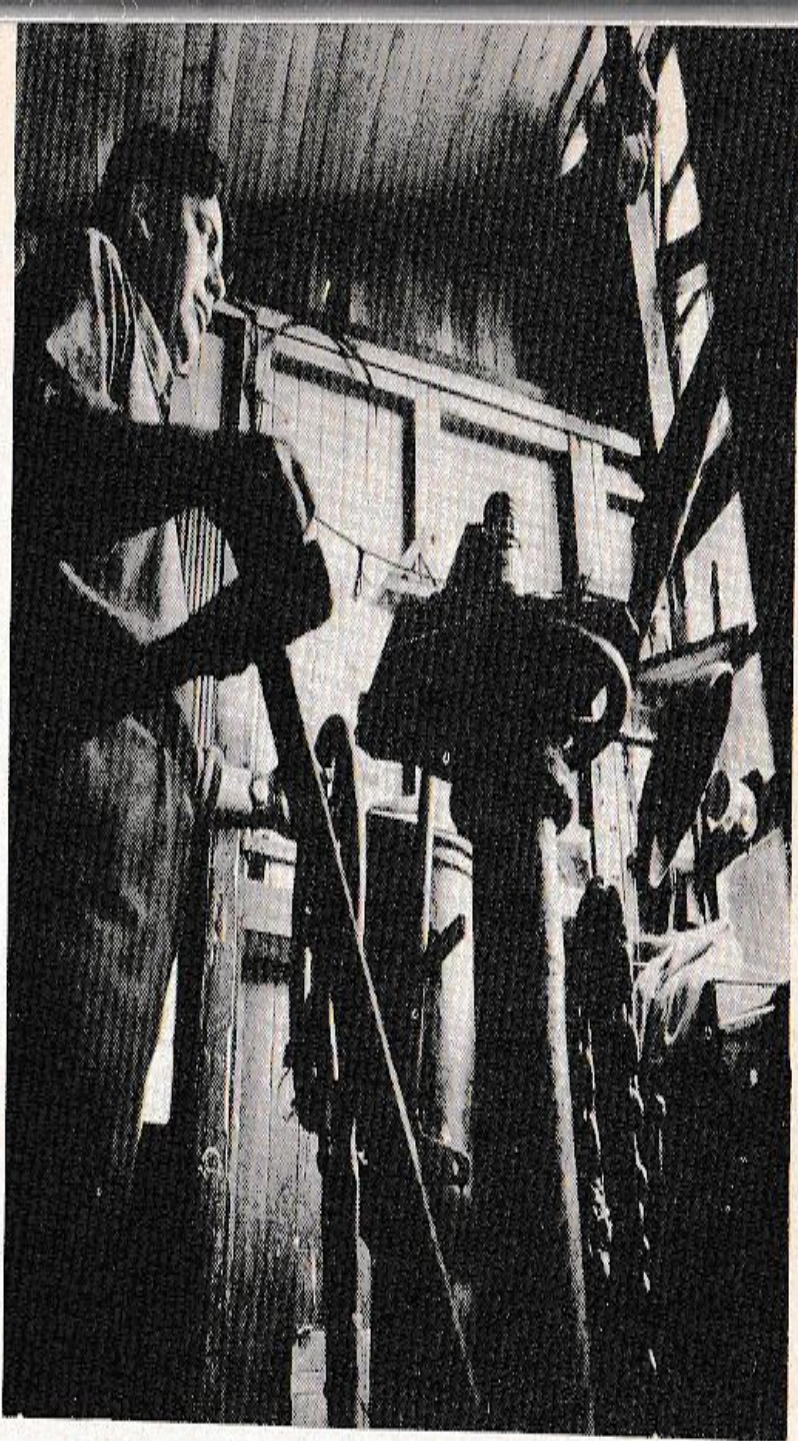
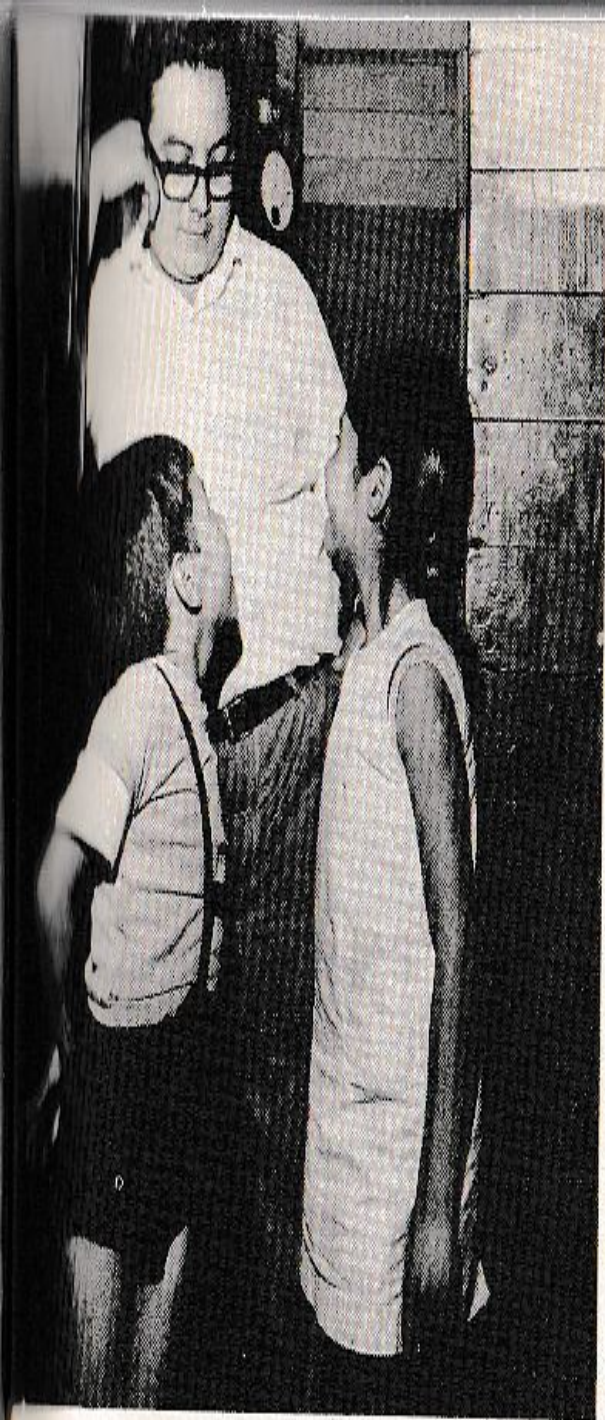


A los 28 años, el hijo de un mecánico de ferrocarriles del que heredó el instinto por rieles y carros, desea superarse y un bienestar para su familia que el trabajo de ascensorista no le permite darle.

Julián Muñoz, uno de los más jóvenes ascensoristas del puerto, vigila la instalación a su cargo, en el cerro Cordillera.

Baquadano en la provincia de Antofagasta, en el tramo ferrocarrilero Antofagasta-Bolivia.

"Claro que esta máquina es una burla del tren. Este trabajo embrutece, y si no fuera por la relación que se establece con el público, lo que no deja de ser una escuela porque uno aprende de cada persona y a cada momento; uno llega a conocer sus problemas y sus amarguras, de cómo le ha ido a los niños en el colegio, y hasta las peleas entre matrimonios



que muchas veces continúan en el ascensor y hay que apartarlos y ponerlos en la buena. Pero lo que quiero es seguir estudiando... y yo soy joven y quiero superarme; en cuanto a poder leer, aparte de los diarios y de los comentarios de la gente, uno vive como en el limbo. Tengo estudios de electricidad y mecánica en la Escuela de Especialidades de la Armada, lo que me ha servido mucho, ya que la máquina se echa a perder por quítame allá estas pajas. Todo el material está gastado; las fallas

Gerardo Aguayo,
ascensorista del
Cerro Artillería,
en Playa Ancha.

tienen su origen casi siempre en el motor. Hace ochenta años que está trabajando sin ninguna modernización, aparte de uno que otro emboinado. Ya no tengo en cuenta las veces que he debido hacer reparaciones en el ascensor durante los cinco años que llevo aquí. Pero no sólo están las fallas mecánicas, también están las humanas, porque las relaciones con el público, aunque no se crea, a veces se tornan difíciles, y todo por culpa de alguna gente que tiene verdadera fobia por los animales. Fue en el otro régimen. Yo tengo mi perro que no se aleja de mí, podría decir que hace el trabajo conmigo. El "Sultán" come cuando yo como y duerme cuando yo duermo. La verdad es que por ese tiempo me tocaba subir a un funcionario bien mal agestado que me miraba mal a mí y a mi perro. . . Usted sabe, los animales huelen la maldad y saben cuando las personas no los quieren, y así de repente el "Sultán" le gruñía, sin llegar a mayores, hasta que se produjo lo que me estaba temiendo: el hombre le pegó un puntapié y el perro le tiró un mordisco. Eso no más bastó para que se armara la trifulca. . . , el funcionario fue a buscar uniformados y con pistola en mano me quería matar al animal, sentenciándome que lo haría en cualquier momento. Como yo contestara y le hiciera ver que él solo tenía la culpa, me maltrataron para después llevarme preso. A todo eso, mi mujer, que escuchó los gritos y los ladridos, salió en mi defensa y también le llovieron golpes. Bueno, se movilizaron algunas personas y me soltaron. Por la noche volvieron, parece que venían emparafinados, y me echaron abajo la puerta del ascensor a puras patadas. Menos mal que éstos son casos aislados. . .

El carro se despacha cada dos minutos. En la estación baja está la cobradora. Una pequeña cabina. En las paredes de tinglado cuelgan in-

distintamente flores de papel, estampas religiosas, banderines deportivos, un zapato de niño. . .

Para subir al ascensor hay que pasar por el torno, en el que está ubicado un mecanismo consistente en un reloj que marca las pasadas. En día ordinario el pasaje de subida es de cuatrocientos pesos y la bajada cuesta trescientos. Los días festivos y domingos, subir y bajar vale cuatrocientos.

Los estudiantes deben ir a la Compañía dueña del ascensor. Ahí presentan su carnet escolar y se les entregan talonarios de boletos a setenta y cinco pesos cada boleto. El talonario cuesta seis escudos.

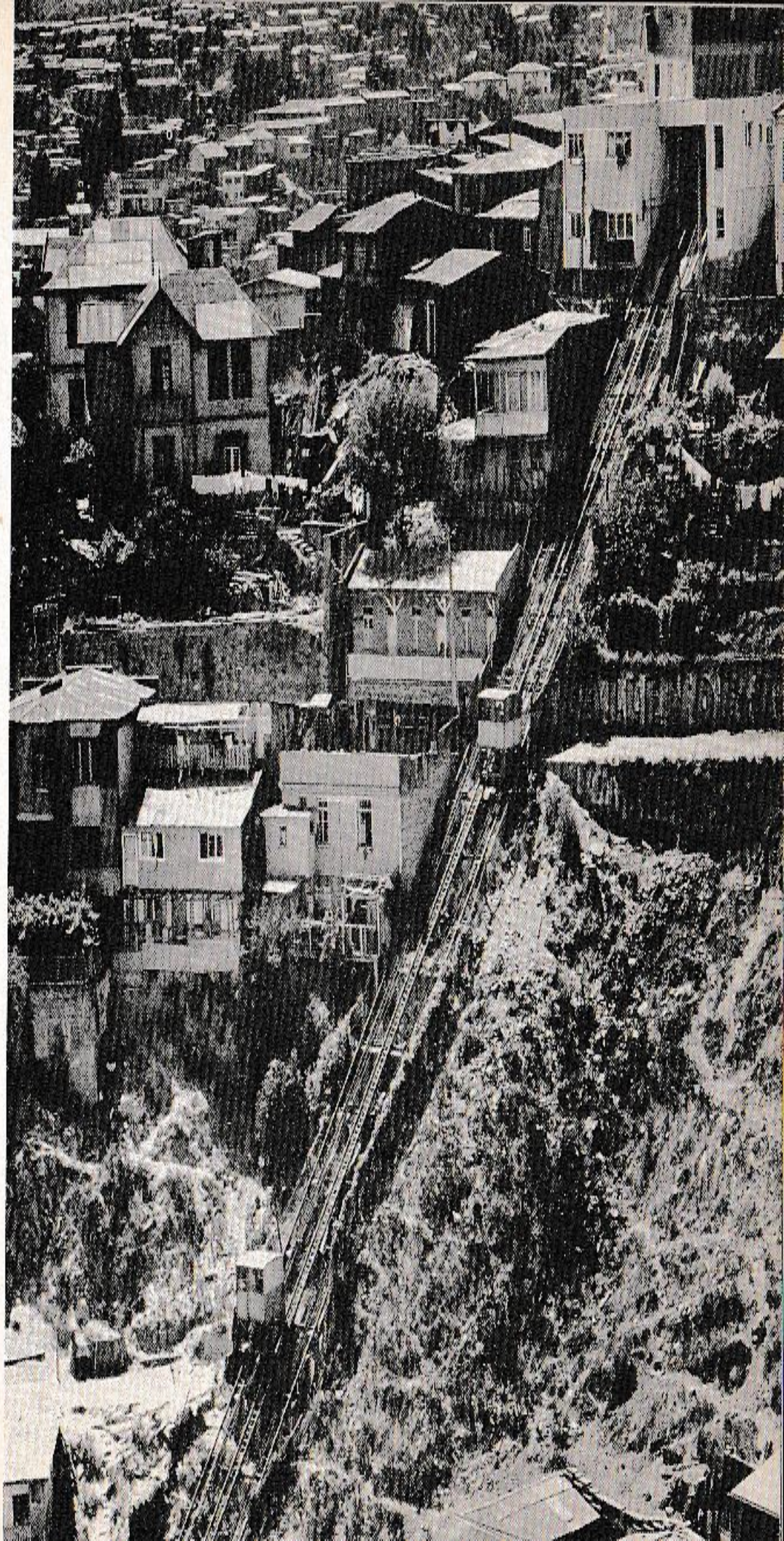
Algunos ascensores transportan diariamente un promedio de mil doscientas personas.

—Yo he llegado a contar setecientos viajes —afirma Julián Muñoz—. Sáquele molde si el ascensor tiene o no trabajo. Nosotros estamos afiliados al Sindicato Profesional de Ascensores de Valparaíso, fundado el 24 de noviembre de 1938.

”El Sindicato Unico resultó de la fusión del Sindicato Industrial y Sindicato Profesional y tiene 83 socios activos. En un tiempo éramos más, pero yo no sé qué le pasa a los compañeros, no encuentran alicientes en este trabajo, no hay manera de subir si no es por el ascensor y no hay más horizonte que el que vemos por la ventana del carro. Sacamos, contando las horas extraordinarias de los días festivos, cerca de mil seiscientos escudos; también nos pagan extraordinario si trabajamos el día franco que nos dan a la semana. Como estamos afectos al SSS, jubilamos por vejez. A los 65 años o por invalidez; pero, como le digo, son bien pocas las veces que uno puede medicinarse. Aquí en el

Cordillera ocurrió un hecho dramático. Un compañero maquinista, aparte de los años que tenía, estaba enfermo del corazón; un día le dio un ataque y murió aferrado a la palanca de la máquina. Tenía cuarenta y cinco años trabajando como ascensorista del cerro. Lo peor fue que no podía levantarse el cadáver hasta que no dieran la orden judicial, y a mí me tocó reemplazarlo manejando el vehículo como si no pasara nada, con el cuerpo del compañero botado ahí en el suelo y la gente subiendo y bajando. Las Compañías se preocupan bien poco del estado de conservación de las máquinas, este carro puede irse cortado en cualquier momento, claro que "el pepe" entra a actuar y lo detiene ("el pepe" es un gancho de acero que lo sujeta a la cremallera o riel). Tanto machacar, algunas conquistas ha logrado el Sindicato: aguinaldo de Fiestas Patrias y Pascua, ayuda escolar. Algunos compañeros se hacen algunos pesos contando la plata recaudada durante el día y yéndola a dejar a la Compañía. También tenemos una indemnización de seis días por años de servicio, siempre que no sea voluntariamente. Los que no viven en la casita que está en el ascensor mismo, reciben asignación de casa, pero por otro lado las Compañías no cumplen con los convenios, no nos imponen los descuentos. Por ejemplo, prometen dos uniformes por año que no hemos recibido, no mecanizan las puertas del carro, no arreglan la casita, nosotros con mi mujer le hemos puesto el hombro y casi la hemos tenido que hacer de nuevo; tenemos un servicio higiénico en común con el otro compañero maquinista que vive con su familia al lado nuestro. No contratan reemplazantes. Pienso que los ascensores no pueden desaparecer, a pesar de la indiferencia de los jefes para arreglar los desperfectos.

Los ascensores son baratos.
Subir, en día laboral, cuesta
400 pesos y 300 la bajada.
Los escolares pagan sólo se-
tenta y cinco pesos.



“Los frenos están malos, los cables son demasiado largos, lo que ocasiona topones y barquinazos; los pasajeros reclaman y creen que es uno el brusco; a veces ellos entienden, sobre todo que éste es un cerro de obreros y es gente muy buena y honrada.

—Lo que es yo —me asegura la compañera Gladys—, estoy hasta la coronilla. Todo el tiempo le estoy reclamando a Julián que el trabajo es muy esclavizado, los dueños se atrasan en los pagos y en las vacaciones, porque no quieren contratar más gente. Ahora con la plata que le pagan tengo que hacer verdaderos dibujos, pero hay que saber llevar una casa y uno que es pobre se las arregla. El único colegio público está sumamente lejos, así es que tengo a la niña en una escuela particular y pago setenta escudos mensuales. Fíjese, le dan un supe semanal de doscientos cincuenta escudos, con los descuentos sociales y otras leyes sacan una liquidación mensual de cuatrocientos cincuenta. Yo no quiero que haga huesos viejos en este trabajo. Esto es para la gente joven con ganas de luchar por la vida, y aquí no hay tiempo para trabajar en ningún pololito que permita aumentar los ingresos, no hay esperanzas de mejoras económicas, si no fuera por el compañero Allende que aumentó los sueldos en un 39%. El aceitado de los durmientes, el mantenimiento de la línea, todo lo hace Julián; hasta yo a veces, cuando ha estado enfermo, lo he reemplazado subiendo a la gente, porque la esclavitud es tal que no puede ni ir al médico; mientras tanto nos aguantamos con la esperanza que vendrán días mejores, para que no nos pase lo del año pasado, cuando se nos murió una niñita y nos dieron ciento ochenta y seis escudos como cuota mortuoria. . .

● *Plantas para Neruda*

Carlos Brito Pérez lleva treinta y ocho años en la Compañía de Ascensores Mecánicos de Valparaíso y veintiuno en el Cordillera. Llegó como aceitero a los veinte años.

—Los mismos compañeros más antiguos me enseñaron el trabajo, luego rendí los exámenes y me dieron carnet profesional. Para mí el puerto y el cerro es mi vida, soy nacido y criado en Valparaíso. El público no es siempre el mismo, yo conozco mi gente, con el verano se ven caras nuevas y aumenta la afluencia de la gente y más ahora que se inauguró de nuevo el museo de Lord Cochrane (con el terremoto resultó damnificado). El nieto del héroe trajo los muebles que habían sido del marino, desde Inglaterra. Antes de irse a Francia estuvo aquí don Pablo Neruda.

—Dio un recital en el museo —lo interrumpe doña Graciela, su mujer—; yo sé que él es muy aficionado a las plantas, así es que cuando supe que venía adorné las ventanas con maceteros de plantas, y él miraba muy contento. . .

Carlos Brito está casado con Graciela Muñoz; tuvieron tres hijos, dos casados que les han dado cuatro nietos. La hija permanece con los padres y tiene instalado en su casa un saloncito de peinados. (“No quiero casarme —me dice—. Mi madre está artrítica y prácticamente no puede valerse por sí sola; con lo que gano ayudo a mis viejos.”)

—A veces el público se pone quisquilloso y quiere el servicio inmediatamente, pero hay que dar tiempo a la cobradora para que marque las pasadas. Yo estoy orgulloso de mi cerro, es el de mayor movimien-



La actividad del ascensor artillería disminuyó con el traslado de la Escuela Naval.

Túnel del ascensor Polanco, el único vertical, que provoca asombro y nerviosismo en los afuerinos y orgullo entre los vecinos del casco



**Hugo Vargas,
apretándole las
clavijas al as-
censor del cerro
Monja.**

to. Yo hice el servicio en el Regimiento Maipo y después tuve posibilidades de irme a los arsenales, después a una industria grande, pero no sé por qué nunca me sedujo la idea, uno se encariña con la gente y se aclimata. En este cerro viven muchos portuarios, yo los conozco a todos; también están las patronas que en los días de ferias suben con sus verduras y los bultos no dejan ni pasar; lo único que está prohibido transportar son balones de gas. Para serle franco, nadie quiere que los ascensores

desaparezcan, pero a la larga los caminos, las calles que se están haciendo, los recorridos, hay micros que suben ya por los cerros, la movilización ha ido dejando por el camino a muchos ascensores. Otra cosa sería, digo yo, que se modernizaran, para prestar un mejor servicio; ahí tiene usted el San Agustín, pasa la mayor parte del tiempo malo y sin funcionar, lo mismo que hay ascensores que llevan los cables subterráneos, de nada se queman. Entonces hay que entrar a romper el pavimento. Es cierto que las Compañías no siempre cumplen los convenios con el Sindicato, por eso algunos trabajadores se desmoralizan, pero yo pienso que sea como sea los ascensores no pueden desaparecer del puerto, sería quitarle su característica. Es cierto que hay más movilización, pero tenga en cuenta que la gente también nace todos los días.

● *Juanito "El Loco" Farías*

Juan Farías Algüerno tiene treinta años, casado, con dos hijos pequeños.

—Ahora estoy despartado, mi mujer no se acostumbró nunca, entonces vinieron las peleas, yo le ponía entre pera y bigote que era un contento, hasta que ella se aburrió y se fue donde sus padres, a mí me quitan todo el sueldo, la Compañía me da una casita en el cerro La Artillería. Soy el más antiguo de los reemplazantes, hace seis años que estoy aquí en el Polanco. Después de un año en la empresa, todos tenemos los mismos beneficios, como ser el mismo sueldo, casa o ayuda de casa, asignación por contada de dinero y por entrega. Yo creo que el ascensor más comercial es el Larráin en la calle Coronel Reina. Trans-

porta cerca de cinco mil personas diarias. Mire, eso de que las Compañías vayan a pérdida yo creo que son puras chivas, se justifican para no hacer arreglos. El Sindicato se creó por una necesidad tremenda, ya que a medida que aumentaban los ascensores, aumentaban los trabajadores. Pero las Compañías desestiman los convenios, se han hecho huelgas por no cumplimiento de pliegos de peticiones, pero aunque se subieron las tarifas con el objeto de mejorar los servicios, esto no ha sucedido. Se afirma que hay una supervisión de la Municipalidad, pero no se ve, las revisiones no se hacen, una vez se me desrieló el carro y tuve que echarlo yo mismo a la línea, nosotros mismos arreglamos las panas; algunos desperfectos que se podrían arreglar a tiempo, se dejan para más tarde y después se quejan cuando no hay remedio, entonces la gente paga las consecuencias. Desgraciadamente los compañeros se resisten a afrontar a las Compañías. Es cierto que hay desunión, no hay medios, ni siquiera un local estable tiene el Sindicato, pero uno puede romperse los dientes, algunos compañeros no entienden, ahora recién están tomando conciencia. Yo he sido dirigente, y lo que queremos es entrar a la CUT, es el único medio para tener un respaldo y dar la batalla por las reivindicaciones. Los ascensores deberían pertenecer a los trabajadores. Perteneciendo al Estado, en vez de morir van a florecer, ya que actualmente el servicio está en muchas manos, y usted sabe: muchos cocineros echan a perder la cazuela. Pero tocante a desaparecer los carros, eso ni pensarlo; a lo mejor con el tiempo se construye un monorriel que una los cerros, como se dijo hace un tiempo, pero no pasó más allá de conversaciones; todo el mundo habla de lo pintoresco que es Valparaíso por sus ascensores, pero no tan sólo eso, con

lo bonito que son, sino que prestan un enorme servicio a la colectividad.

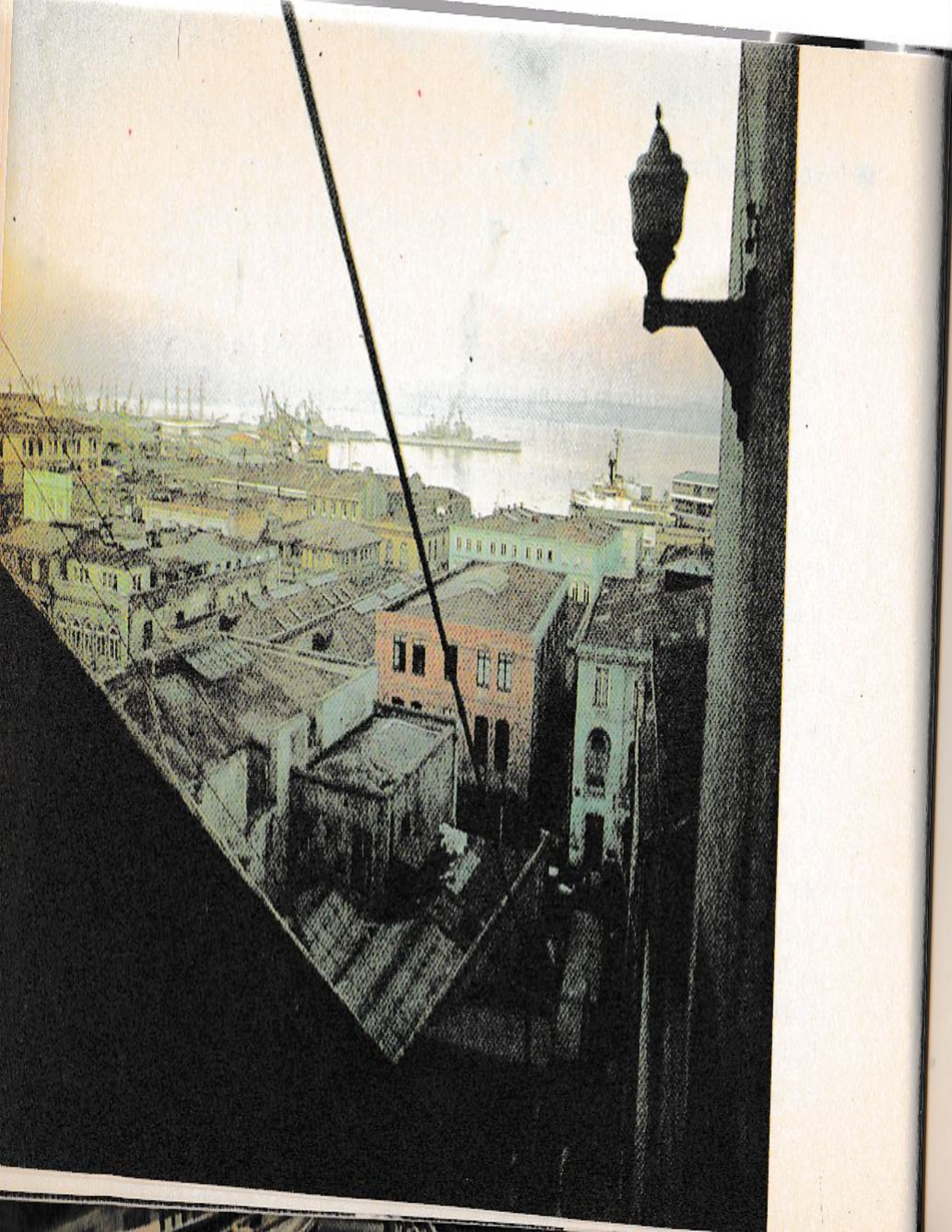
Juanito es el niño bullicioso del Polanco.

—¿Por qué no voy a estar alegre cuando sube cada chiquilla que duelen las muelas? Soy amigo de los escolares, tengo como tres o cuatro amigos que son cabros chicos, será porque echo de menos a los míos, aunque en general soy amigo de todo el mundo. A veces los curaditos crean problemas, porque no hay manera de echarlos de la máquina y se enojan con uno; pero hay algo peor, y es cuando los desilusionados suben en el ascensor haciéndose los lesos, pero algo se les nota, llegan al mirador, se pasean por el puente y se tiran. Hubo un tiempo en que habían agarrado el Polanco para suicidarse. Yo ya los conozco. Montones de veces he tenido que disuadirlos, a veces son enamorados que han tenido una pelea; otras, enfermos incurables; en fin, me da mucha pena toda esa gente, con lo linda que es la vida, sobre todo las chiquillas y la bondad de la gente que no tiene límites.

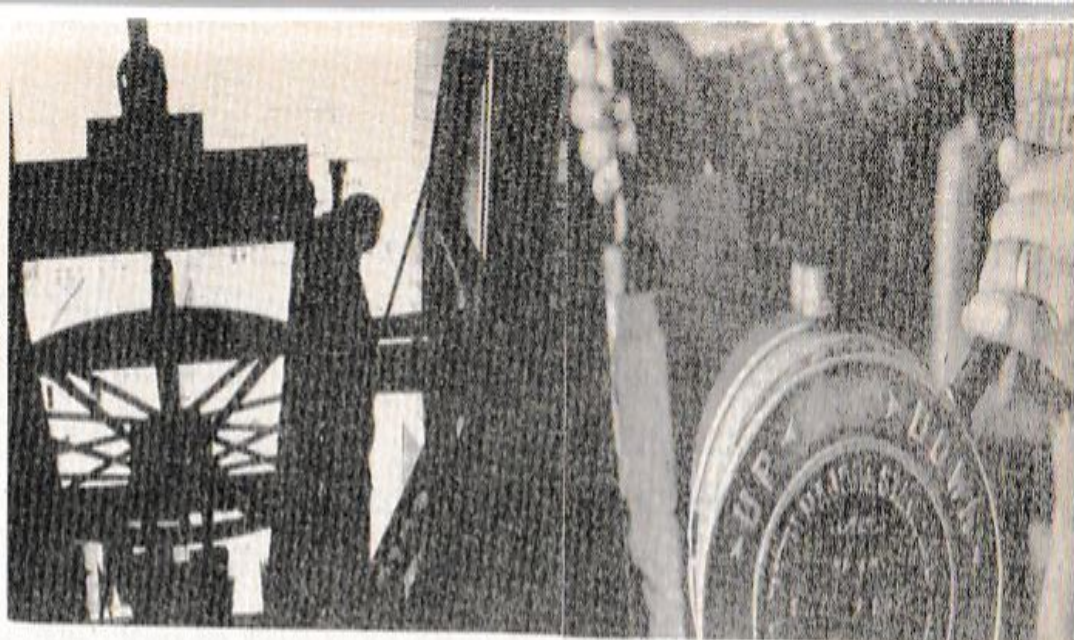
”Aquí en el Polanco se pretendía crear un casino con afán turístico, pero todo ha quedado en nada. En un comienzo, en 1915, el ascensor, que es el único vertical, ya que los demás son funiculares, tenía dos carros; hace doce años que uno está en desuso. En el techo del carro anidan las palomas, ahora han sacado pichoncitos. Bueno, estamos trabajando con uno solo. Cuando se corta la corriente, si el ascensor trae mayor peso que el contrapeso, el freno, que es eléctrico, cierra pero no hace presión, de modo que el carro llega de un viaje al fondo del pozo. El día del terremoto no funcionaba el ascensor por haberse cortado el cable de control que lleva la corriente al motor.

● *Único en su género*

Es una verdadera obra maestra de ingeniería. Hubo que horadar la roca para habilitar el túnel de acceso horizontal y otro vertical para ubicar los carros. El túnel de entrada por calle Simpson mide 2 metros de ancho por 125 de largo, revestido de piedra en su totalidad. La bóveda es de hormigón armado lo mismo que el piso, cada 15 metros se ilumina por una lamparilla eléctrica. El pozo vertical, horadado en la misma roca, tiene una altura de 34 metros hasta el paradero de Valderrama y 60 metros hasta la torre. Un puente horizontal de 48 metros une la torre con la calle Simpson. La obra fue construida por firmas inglesas y el capital invertido fue de doscientos cincuenta mil pesos. Es el único ascensor público vertical, pues los carros corren entre guías perpendiculares de acero. Las cabinas están revestidas de roble americano, y poseen un aparato automático de seguridad. No obstante, se han producido fallas, causando la caída de alguno de los carros, afortunadamente sin ocasionar víctimas. Desde el mirador el paisaje es bello y estremecedor. El puente se mece como un barco a la más pequeña brisa; para el que no está habituado es una prueba de resistencia nerviosa. Inmediatamente abajo y bullendo, callejones estrechos y míseros, niños y perros. Al fondo, la bahía adornada de barquitos como en una decoración, las increíbles viviendas colgando de los cerros adyacentes y también como un decorado la miseria de las casas que el aire y los terremotos y el tiempo van devorando.



Vista desde la perspectiva de los cerros, la ciudad de Valparaíso muestra su belleza y originalidad; los raros y desusados ascensores contribuyen a realzar su encanto y atractivo.



“La Lolito”

Como “El Loco” Juanito, “La Lolito” también es reemplazante en el ascensor Polanco, e igualmente reemplaza en el Turry, el Concepción y el Espíritu Santo.

Doña Dolores Soto de Alvarez, con sus setenta años de edad, treinta y seis de casada y diecinueve años de planta en el Larrain, jubiló por invalidez el año 58. Se enfermó de artritis reumática, “pero como la situación económica era malaza, hice gestiones con las señoritas visitadoras y me reintegraron con libreta nueva”. Gana dos mil quinientos pesos la hora con turnos de ocho horas.

—Como por ahí por el año 44 mi marido se quedó cesante, un día se encontró con un amigo que era maquinista, a mí me gustó la idea y como siempre he sido bien alentada, empecé a trabajar. Mi viejo no estaba muy contento, pero había hijos y había que hacer algo. Me empezaron a probar en el Mariposa. Al tiro quedé y me mandaron al Larrain. Siempre he querido tener una casita mía, por eso sigo trabajando. Mi viejo tiene setenta y cinco años y vive con achaques. Menos mal que no es celoso. De jovencita me celó, él es jubilado de la Corvi. Salió

como bodeguero, con una pensión de seiscientos diez escudos, con lo que yo gano —130 escudos a la semana— tenemos para comer. Mi marido es Pastor Alvarez, trabajó en la Gómez Carreño; con ser eso, nunca nos dieron una casita, y como teníamos un puro hijo que ya estaba casado no teníamos puntaje. El sitio donde vivimos es de la Corvi, en Calle Pacífico, al lado de la Defensa Civil. La casita la compramos en cincuenta escudos el año 1959, la Defensa nos da la luz y yo les pago treinta escudos mensuales. Tengo un lindo jardincito, un día la voy a convidar; como no tiene agua les pago a unos vecinos diez escudos mensuales y acarreo el agua antes de venirme al ascensor; trabajo como una burra —se ríe con la más bonachona de las sonrisas, es una viejecita llena de vitalidad, animada por una extraña luz.

“Los tremendos fríos que hay que soportar me enfermaron de reumatismo articular, por eso me jubilaron, pero no crea usted, nunca me faltaron los ánimos. Ahora dicen que el compañero Allende que Dios lo guarde para bien de Chile ha hecho una nueva ley para los jubilados. Ahí sí que vamos a estar bien. Yo le he dado la pasada en el torno a mucha gente importante, unos gringos me sacaron fotos, mi marido se reía. El me dice “Lola pero vieja”, aquí suben los diputados y traen visitas, uno los conoce al tiro, ve que son caras nuevas. Don Pablo Neruda y el compañero Presidente venían antes, ahora claro, con todo lo que tienen que hacer. . . , pero ahora estoy más contenta como le decía, porque se arreglan las jubilaciones, que es justo para que los viejos que hemos trabajado tanto podamos vivir tranquilos.

María Tyter Bobadilla es cobradora de plata, hace treinta años que trabaja en los ascensores. Veinticinco años en el Santo Domingo; la

madre trabajó en lo mismo, prácticamente toda su vida, ahora es pensionada del SSS. Su hermana también es cobradora de ascensores.

—Comencé a trabajar a los diecisiete años y me pagaban cuarenta y dos pesos al mes. Mi padre era ingeniero de la Armada. A pesar de lo esclavizado, no se puede pensar en casarse, yo no cambiaría este trabajo por nada en el mundo. Siempre he tenido buenas relaciones con el público, muchos turistas vienen aquí, alguien debería hacerse cargo de fomentar el turismo en el cerro, la están dando, pero tiene que intervenir el Estado, hay muchas manos que manejan los ascensores; a todo el mundo le llama la atención el túnel, nadie lo creería, pero es más abrigado en el invierno que en el verano, por la filtración de agua que cae con el deshielo.

● "El Tata"

Manuel Orrego Honores tiene sesenta y cinco años, se casó por el Civil —antes estaba casado por la Municipalidad— con Rosa Cifuentes, "La Mama". A pesar de que no tienen hijos propios, me enseñan las fotografías de sus hijos adoptivos: uno es periodista en Santiago, Emilio; la Olga tiene su peluquería propia; el Lucho trabaja en la Coca-Cola, y no son todos.

—Yo nací en Monte Grande, en un pueblito cercano, mi madre trabajaba con una pequeña tropita de burros; ella murió a los ochenta y cinco años. Vivió mucho tiempo aquí conmigo. Imagínese, llevo treinta y seis años en el Polanco. Un día manejaba el ascensor, subió un caballero y me dice: "Hola, hermano". "¿Qué se cree usted, le dije yo, que viene a dar tanda conmigo?" "Tan hermano suyo soy, me contesta, que mamé la misma leche que usted. ¿Cómo está la mamá Angela?" Ahí



Tiene 65 años, y hace 36 que es ascensorista del Polanco. Doña Rosa, su mujer, ha estado todos esos años junto a él; para ayudar a la casa, lava ropa y recuerda a sus tres hijos adoptivos.

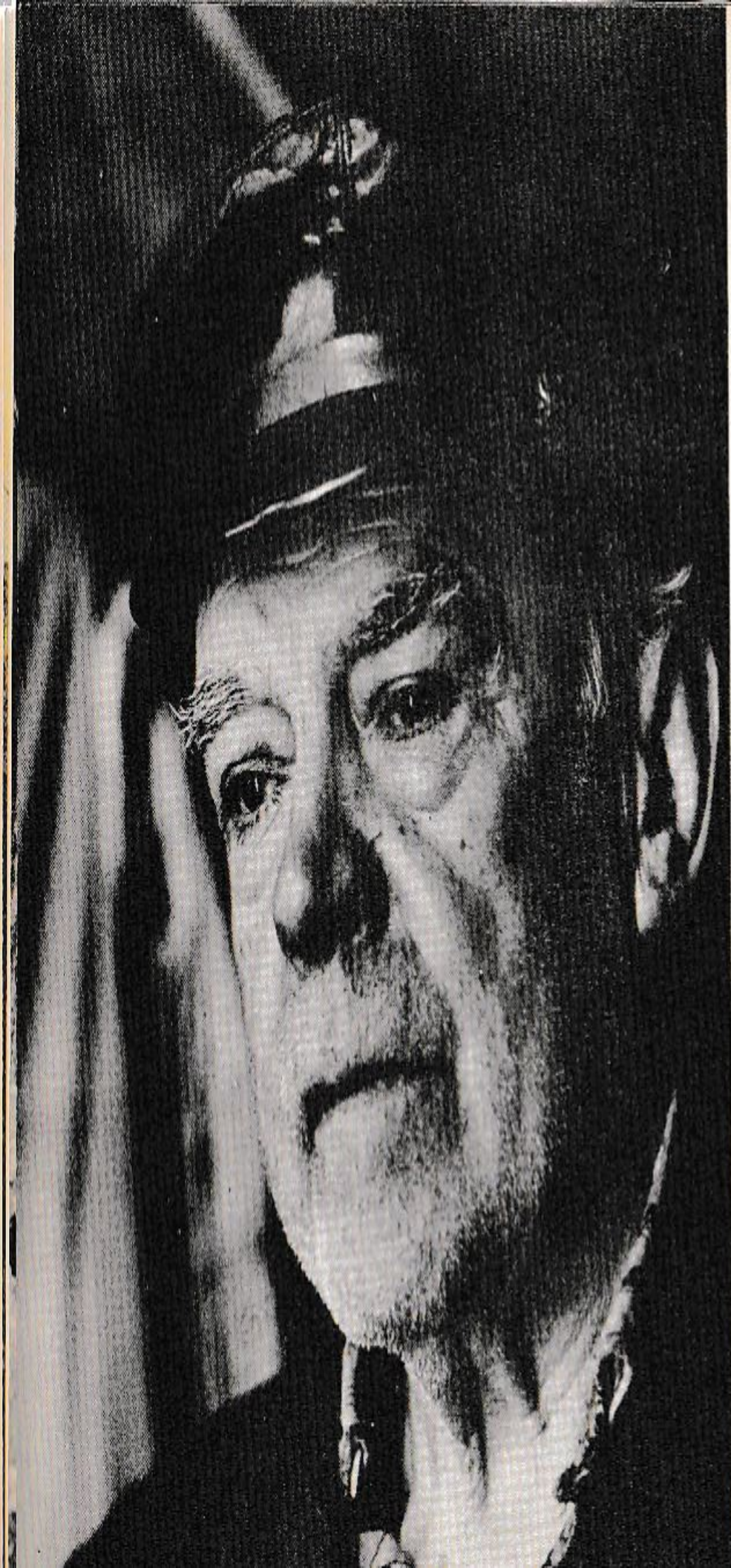
me puse serio y le dije: "Bueno, vamos a ver si es cierto". Estaba muy viejita mi mamá, cómo se alegró, viera usted, cuando lo reconoció; ahí empezaron los regalos.

Doña Rosa le interrumpe, ella está muy orgullosa de sus hijos adoptivos. La puerta de la modesta vivienda, ahora prácticamente inhabitable después del terremoto, la golpean a cada momento, los niños preguntan por "La Mama" o por "El Tata". Doña Rosa dice:

—Un día llegó la mamá del Lucho, traía su "lechuguita" para que yo se lo cuidara mientras tanto ella trabajaba; entonces le dije: "Qué se lo va a llevar a la vuelta al negrito, tanto frío que hace, déjelo aquí, yo se lo crió". Era bien crespito, ahora está casado. Todos mis hijos que he criado son como el pan conmigo, mejores que si los hubiera tenido yo. . .

"El Tata" antes de trabajar en el Polanco era tranviario. El año 1956 le cayó una plancha de acero del contrapeso cuando estaba arreglando el ascensor en la estación baja "y me atracó el brazo contra una viga de acero, me destrozó la mano derecha. Estuve tres meses con la mano cosida a un costado para que pegaran los injertos. Después, un año en el Traumatológico. Con el tiempo la he podido usar. Entonces me las arreglaba con el subsidio".

—No tenemos problemas con mi viejo —me dice doña Rosa—, él es una hormiga para la casa, yo también lo ayudo lavando ropita ajena, el desabastecimiento no lo conocemos; si no hay carne, comemos verduras o huevos o pescado o me las arreglo con lo que haya, yo no sé cómo la gente reclama, cuando y así vieja como estoy con mis piernas hinchadas recorro el mercado y veo las rumas de verduras, frutas, de



Manuel Orrego, tan legendario y excepcional como el ascensor del cerro Polanco, único en su género, que este viejo conoce hasta sus últimos secretos.

mariscos, la gente no sabe comer, les resulta mucho más cómodo tirar un bistec al sartén, cuando los doctores tienen ellos su lista de alimentos que son para los niños, y ahora más que tienen leche todos los días. Me dan ganas de estar bien sana como antes, lo único que me aburre es cuando me vienen los dolores (tiene reumatismo gotoso) de golpe y porrazo.

—Bueno, Mama, déjeme hablar a mí.

—Usted siempre habla pues, Tata, y nunca me deja conversar a mí.

—Sí, pero es que usted siempre se pone a hablar de su enfermedad y no sale de ahí.

”Lo que más viene aquí son argentinos, se asombran, casi no creen. Por eso digo que los ascensores no pueden desaparecer.

”Vamos a organizarnos mejor. Imagínese que el Sindicato no tiene ni local, por intermedio de la CUT consiguen una sala. A veces se reúnen en el ascensor Turry, yo fui presidente del 68 al 69. Ahora el presidente es Reinaldo Verdugo, Lupercio Vivar es el secretario, Luis Balladares el tesorero y los directores Ramón Correa y Juan Loyola.